



10 Agosto, 2023

El director –y piloto de Air France– deja boquiabierto al público del festival ampurdanés con la Chamber of Europe

# Torroella, volando con Daniel Harding

ESCENARIOS

MARICEL CHAVARRÍA  
 Torroella de Montgrí



Daniel Harding cabalgó ayer a lomos de la fabulosa Chamber Orchestra of Europe, en el Festival de Torroella de Montgrí, haciéndola brillar acorde con cada paisaje que corría por el atril, que ni fueron pocos ni homogéneos, pues el maestro de 48 años, nacido en Oxford –y piloto de Aire France, para más señas–, no suele meterse en faena por menos. Este verano lleva por España un programa largo y complejo que funde con maestría Beethoven y Sibelius. Con él pasó levantando pasiones por el festival de Pollença, en Mallorca, el de Santander y la Quincena Musical de San Sebastián. Y anoche mantuvo enfebrecido al público en la localidad ampurdanesa, que le dedicó un caluroso aplauso final de cuatro minutos.

Sí, el sinfonismo hizo su entrada en el certamen de Torroella –escorado al barroco– con una naturalidad sin precedentes, como si el Auditori Espai Ter llevara desde siempre esperando a esta formación de cámara que sabe sonar a sinfónica.

Era imposible desatender ni un instante la dinámica en el podio de Harding, expresivo con la batuta, bailarín con el cuerpo. El digno heredero de Claudio Abbado –le llamaba “mi pequeño prodigio”– es director honorífico de la Mahler Chamber Orchestra además de titular de la Sinfónica de la Radio Sueca y, a partir de septiembre del 2024, de la Accademia Nazionale di Santa Cecilia, proyecto para el que ya tiene plan: como hacer entera la Tetralogía wagneriana, confiesa.

La Chamber de Europa, surgida en 1981 por iniciativa de jóvenes que habían coincidido en la Orquesta Joven de la UE y que se dejaron modelar por Abbado, Harnoncourt y Haitink, es una orquesta privada de 60 músicos –ayer 50– de diversas orquestas del continente.

Artistas que en Torroella demos-



PERE DURAN / NORD MEDIA

Daniel Harding al frente de la Orquesta de Cámara de Europa en el Auditori Espai Ter de Torroella de Montgrí

**“Las fronteras entre una orquesta de cámara y una sinfónica se diluyen hoy en día”, asegura Harding**

traron su asombrosa musicalidad ya en la Obertura *Coriolà* de Beethoven, con la que comenzó el concierto, para luego entregarse al subyugante lirismo de la 4.ª Sinfonía de Sibelius, compuesta un siglo más tarde, en 1911, con su sombrío solo de chelo inicial y ese lenguaje experimental que flirtea con la atonalidad. Ya tras la pausa, la orquesta

abordó la poco interpretada Suite de *Pelléas et Mélisande* del mismo Sibelius –Harding la dirigió por primera vez–, con una sección de cuerdas en estado de gracia que transmitía toda la intensidad dramática, y la encadenó con la 4.ª de Beethoven, que sonó cálida y plébrica. El genio de Bonn la estrenaría, tal y como apuntaba Manuel Capdevila i Font en el programa de mano, junto con la Obertura *Coriolà*.

En definitiva, un milagro de concierto servido con la transparencia y el detalle que permite una orquesta de cámara, que es a lo que aspira Harding: un sonido compacto pero aterciopelado, de detalles en equilibrio, como esos vientos y percusiones que jamás cubren a las cuerdas.

“Lo llamamos cámara aunque son más de cincuenta, pero es porque al final la cámara es más una actitud que una medida de orquesta –apuntaba Harding a este diario–. Hoy en día las fronteras entre una orquesta de cámara y una sinfónica se diluyen: hay sinfónicas que tocan mucho repertorio de formación pequeña, que han aprendido esa flexibilidad y transparencia. Y al revés, una pequeña con la que has de trabajar más el sonido. No hay una solución perfecta, solo necesitas músicos excelentes”.

*La Vanguardia* conversó con el maestro minutos antes de que saliera a escena y tras un emotivo ensayo en el que, tratándose del último concierto de la gira con este proyec-

to, les confesó a los músicos que siendo él adolescente escuchó a Abbado decir que era un hombre con suerte, pues dirigía a las mejores orquestas: la Filarmonía de Berlín y la de Cámara de Europa. “Uno de los primeros conciertos a los que fui pagando de mi bolsillo fue uno vuestro”, les dijo.

Harding sería luego asistente de Abbado y, siendo un muchacho tan inquieto y con tal capacidad de trabajo, el genio italiano le sugería que descansara, que no dedicara todo el tiempo a la música. Lo que no se imaginaba es que encontraría una solución tan curiosa como compaginar dos tareas de alto rendimiento: el podio y el pilotaje en una aerolínea regular. ●